

YOKO OGAWA

El Museo del silencio



El Museo del silencio

COLECCIÓN
LITERADURA

Yoko Ogawa

El Museo del silencio

Traducción de Yoshiko Sugiyama
y Sergio Torremocha



Primera edición: junio de 2014

Título original: *Chinmoku Hakubutsukan* (2000)

© Yoko Ogawa, 2000, 2014

Edición original japonesa publicada en 2000 por Chikumashobo Ltd., Tokio.

Derechos de traducción acordados con Yoko Ogawa

a través del Japan Foreign-Rights Centre y Ute Körner Literary Agent, S. L.

www.uklitag.com

© de la traducción: Yoshiko Sugiyama, 2014

© de la traducción: Sergio Torremocha, 2014

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2014

c/ Flamenco, 26 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-942380-7-9

Dep. Legal: M-18412-2014

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Ginkaku-ji*, © Davide Gorla, Kioto, 2013

Producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El Museo del silencio

CUANDO LLEGUÉ AL PUEBLO, solo llevaba en la mano un pequeño bolso de viaje. Dentro había una muda de ropa, mis cosas para escribir, lo necesario para afeitarme, mi microscopio y dos libros, *Tratado de museología* y *El diario de Anne Frank*. Nada más.

En su carta, mi cliente me decía que enviaría a alguien a recogerme a la estación, pero no le había dado detalles de mi aspecto físico y estaba preocupado por saber si lograrían encontrarme. Bajé por las escaleras de la pasarela que enlazaba los cuatro andenes entre sí y pasé ante las ventanillas. Nadie más había bajado en esta estación.

Una mujer que estaba sentada en uno de los bancos de la sala de espera se acercó para darme la bienvenida. Era mucho más joven de lo que hubiera imaginado, casi una niña,

pero sus modales eran educados y refinados. Me precipité a su encuentro torpemente, hasta el extremo de no encontrar palabras para saludarla.

—¿Vamos?

Sin más preámbulos, me llevó hasta el coche, se acercó al conductor y le ordenó que pusiera en marcha el vehículo.

Estábamos a principios de la primavera; el viento aún era fresco, pero solo llevaba un sencillo vestido de algodón de falda ancha y ni siquiera se cubría los hombros con una rebeca. El cielo estaba agradablemente despejado, con algunas nubes deshilachadas empujadas por el viento, y, aquí y allá, en charcos de sol, se veían algunos crocus, narcisos y margaritas en flor.

Cruzamos la avenida de la estación y después la plaza, y enseguida nos vimos rodeados por un paisaje campestre. A la derecha de la carretera se extendían matorrales, a la izquierda, los campos de patatas, y los pastos quedaban detrás. En la lejanía, en el límite entre el cielo y las colinas, se erguía un campanario. Los rayos de sol se distribuían equitativamente a nuestro alrededor, como si quisieran que todo se fundiera, incluidos los últimos vestigios del frío invierno ocultos bajo las hierbas.

—Hermoso lugar —dije.

—Me alegro de que le agrade.

La muchacha, con ambas manos modosamente puestas sobre las rodillas, miraba hacia delante, con la espalda muy

recta. Cuando hablaba, inclinaba ligeramente la cabeza, con los ojos que miraban a mis pies.

—Presiento que en semejante lugar pronto sacaremos el trabajo adelante.

—Sí, creo que eso es también lo que mi madre desea.

Así supe, por fin, que era la hija de mi cliente.

En cada curva, sus cabellos caían desordenadamente sobre su rostro, ocultando la mitad de su perfil. Caían en línea recta con tanta naturalidad que parecía como si nunca se los hubiera cortado desde que había nacido.

—Mi madre se pone bastante agresiva a veces; espero que no sea usted muy puntilloso —me dijo expresándose con algo más de familiaridad.

—No se preocupe por mí.

—Varias personas han renunciado ya a trabajar con ella por incompatibilidad de caracteres.

—Pese a lo pueda parecer, tengo una carrera bastante amplia a mis espaldas y no me voy a comportar con inmadurez.

—Lo sé; me bastó echar un vistazo al currículum que nos envió.

—Mi trabajo consiste en recabar tantas cosas como pueda, cosas que se han deslizado fuera del mundo, y encontrar su valor más significativo teniendo en cuenta la disonancia que contienen en sí mismas. Mis clientes siempre han tenido

personalidades fuertes. Hasta tal punto que creo que, de haberlos referenciado, tendría sin duda un catálogo de lo más interesante. En cualquier caso, no me asombra que haya un poco de agresividad. No se preocupe por eso...

Me pareció por un momento que sonreía ligeramente. Pero su esbozo de sonrisa quedó disimulado enseguida por su expresión sobria y educada.

No me había dado cuenta de que la carretera asfaltada se había transformado en un camino más angosto cubierto de gravilla. Me pareció que el coche se había dirigido hacia el oeste hasta la salida del pueblo. Seguimos entre monte bajo y arbustos, y pude ver un animalito, una comadreja o una ardilla, que saltaba por la hierba. En el interior de mi bolso de viaje los distintos elementos de mi microscopio chocaban entre sí.

Pasamos sobre un puente de piedra que cruzaba un río, luego subimos una suave pendiente y, una vez llegados a la cima, nos topamos con una sólida reja de hierro forjado. El portalón estaba abierto de par en par y el coche penetró sin reducir su velocidad. El sendero cubierto de gravilla serpenteaba entre los grandes álamos apretados a cada lado hasta el punto de que impedían que los rayos de sol llegaran hasta nosotros; eran tan densos que nos dejaban sumidos en la oscuridad. De vez en cuando, un guijarro proyectado por los neumáticos impactaba en los cristales.

—Estamos llegando, aquí es.

La muchacha señalaba algo a través de la ventana. El campo de visión se amplió de pronto y la casa solariega apareció, enmarcada por una terraza. Sus dedos sobre el cristal eran blancos y frágiles, inmaduros, casi enfermizos.

El encuentro tuvo lugar en la biblioteca. Mi cliente estaba sentada en el centro de la sala en un sofá tapizado de terciopelo, que debió de ser de color crema en su día, pero al que el sudor, las manos sucias, la saliva, el polvo, toda clase de bebidas, las materias grasas de pasteles y la mezcla de todas estas manchas de orígenes diversos, impregnándolo, le habían conferido con el paso del tiempo un color algo desastroso. Los cojines estaban apelmazados y los reposabrazos tan desgastados que casi podía verse el relleno.

Mi cliente era muy menuda. Delgada y fina como si los elementos nutritivos pasaran a través de su cuerpo pero sin quedarse en él, y encorvada hasta casi formar un ángulo recto. Estirando los brazos casi hubiera podido rodearla contra mi pecho por completo. Podría decirse que, más allá de su pequeñez, era la encarnación misma de la idea de lo que es una miniatura.

No habría podido decir si era por su constitución física o por una cuestión de gusto, pero la ropa que llevaba era

tan excéntrica que me hubiera resultado imposible describirla. Aparte del sombrero de lana sobre su cabeza, tenía el cuerpo cubierto de telas a cuadros, rayadas o con flores, sin noción alguna de armonía. Parecía como si formara parte de las manchas que cubrían el sofá.

Pero lo que más me extrañó fue el hecho de que mi cliente era demasiado vieja para pretender ser la madre de la joven que había venido a recibirme. Desde todo punto de vista era una anciana que se acercaba a los cien años. No había parcela de su cuerpo que no estuviera erosionada por la edad. Resultaba del todo impensable que una carne tan reseca hubiera podido dar a luz a la muchacha que tenía ante mis ojos.

Durante unos instantes, nadie abrió la boca. Con los hombros encorvados y la cabeza baja, la anciana ni siquiera hizo carraspear su garganta. Inmóvil, su cuerpo parecía aún más raquítico, lo cual acentuaba su debilidad causada por los años.

Tuve la impresión de que me evaluaba; que buscaba definir mi personalidad mediante su actitud de silencio. A menos que yo, de entrada, hubiera cometido algún error provocando su mal humor. Como el haberme olvidado de traer un regalo o llevar puesta una corbata de mal gusto.

Tenía que pensar en un montón de cosas. Para obtener ayuda, miré a la muchacha, sentada en la ventana con mira-

dor. Pero ella ni siquiera me dedicó una sonrisa. Se limitaba a intentar desarrugar concienzudamente los bajos de su vestido.

La asistenta trajo el té. El sonido de las tazas que entrecrocaban con los platillos distendió algo la atmósfera, pero el silencio volvió a instalarse enseguida.

El techo de la biblioteca era alto, y yo sentía frío. Aunque en el exterior hacía un tiempo espléndido, las gruesas cortinas impedían que el sol penetrara y las luces de las lámparas de los apliques polvorientos eran muy débiles, hasta el punto de que toda la habitación estaba sumergida en la penumbra. Un olor particular, mezcla de cuero y papel, emanaba de los libros que se amontonaban en los anaqueles que ocupaban la totalidad de la pared del fondo.

En un primer vistazo, la colección parecía bastante rica. Por descontado, no podría decir nada hasta que no la hubiera examinado atentamente, pero ya había podido ver varios cuadros y esculturas que adornaban el vestíbulo de entrada, la escalera y los pasillos, y pude percibir en la biblioteca la presencia de ciertos objetos de valor, como péndulos, jarrones, lámparas u objetos de cristal.

El único problema era que las condiciones de conservación no parecían excelentes y que los objetos más valiosos se hallaban mezclados sin criterio con el resto de aquel revoltillo. Por ejemplo: un pie de lámpara de plata con forma de

ciervo, que debía ser de finales del siglo XIX, que compartía lugar con un cenicero manifiestamente sustraído de un restaurante barato, y todo así; hasta el punto de que limpiar, clasificar, restaurar... habría supuesto un derroche de energía. Resultaba obvio que este proyecto era mucho más complejo que cualquiera de los que había conocido hasta la fecha.

Acabé tomando la palabra, incapaz de soportar por más tiempo aquel silencio:

—Sin duda será un buen museo...

La anciana levantó bruscamente la cabeza y me miró por primera vez.

—... Para ser una colección particular, sin duda alguna, es de las mejores. Las obras de arte y de artesanía, pero también el mobiliario, el jardín y la propiedad en su conjunto hacen que sea perfectamente posible convertirlo en un museo interesante.

—¿Qué ha dicho usted?

Balbuocé, aturdido por el volumen de su voz imperiosa:

—Por supuesto todo se llevará a cabo una vez que haya sido usted consultada... Solo quería decir que existen toda clase de posibilidades. Desde la creación de un espacio en el ayuntamiento con la exposición permanente de algunos objetos de su colección hasta la construcción de un edificio nuevo dentro de su propiedad; ya ve que...

—Le pido que me repita lo que dijo anteriormente.

—¿Anteriormente? Eh... Ya no lo recuerdo... En cualquier caso, estaba hablando del museo...

—¡Ah, qué irritante! No puede repetir lo que dijo hace algunos segundos; de lo cual se deduce que su memoria es bastante escasa. En tales condiciones, me pregunto cómo puede usted pretender ser experto en museos. Le hago saber que no soporto la vagancia. Ni a los que son lentos en reaccionar. Las cosas deben hacerse concienzudamente y sin tardanza, porque, si no... Como podrá comprobar, a mí ya no me queda mucho tiempo.

Las palabras, proyectadas con fuerza de sus labios extremadamente contraídos en el interior de sus mandíbulas, se dispersaban por la habitación. Sus dedos, sus hombros y sus rodillas temblaban, como para responder mejor a la vibración que provocaban.

—No recuerdo haberle pedido que exponga en un museo los trastos que abarrotan esta casa. No diga cualquier cosa sin pensarla. ¿Quién podría disfrutar con la visión de todas estas cosas compradas sin discernimiento por ancestros preocupados en tirar su dinero por la ventana? Nadie. A lo sumo, podrían extasiarse con un: «¡Ah, qué curioso!», o con un: «¡Con el dineral que debió costar!», mientras dejan las huellas de sus dedos marcadas en las vitrinas.

Cada vez más encorvada, escrutaba mi reacción con una mirada de arriba abajo. Sus mejillas estaban hundidas; sus

cejas, diseminadas, y tenía un grano purulento en la parte de la frente que no quedaba atrapada bajo su sombrero.

Pero lo que dominaba de una manera aplastante en su rostro eran las arrugas. Sus ojos, su nariz y su boca permanecían disimulados detrás de ellas. Eran tan profundas que se les podría dar el nombre de pliegues, esculpían su rostro sin un solo intervalo y me recordaban la epidermis de una gran morsa atlántica expuesta en un museo de historia natural donde había trabajado anteriormente.

—Entre los objetos que decoran esta casa, no hay ninguno que yo me tomara la molestia de obtener por mí misma. Todo me viene de mis antepasados. ¿Por qué debería yo hacerme cargo de ello? Me niego en redondo. No es mi estilo el hacer cosas que otros puedan hacer por mí. Esto es un principio que prevalece sobre todos los demás. He enunciado dos reglas de oro que deberá usted grabarse imperativamente en su cabeza. ¿Sería capaz de repetírmelas?

Deshice el botón de mi chaqueta y me apresuré a responder una vez que hube echado un vistazo a mi té enfriándose para darme valor:

—Hacer las cosas concienzudamente y hacer solo lo que los otros no hacen...

Se limitó a sorberse los mocos, de tal modo que no logré entender si mi respuesta era la correcta o todo lo contrario.

—Lo que quiero es un museo de una importancia que barbilampiños como usted no pueden ni concebir, algo que sería indispensable y que no se hallaría en ningún otro lugar del mundo. En cuanto lo hayamos comenzado, no podremos abandonarlo y dejarlo a medio hacer. El museo seguirá creciendo. Se ampliará, no podrá quedarse parado. Podría decirse que no le resultará nada halagüeño verse condenado así para toda la eternidad. Pero renunciar a los objetos so pretexto de que su número no deja de aumentar es hacer que perezcan estos desgraciados objetos una segunda vez. Si los dejamos en su sitio, se descompondrán en su rincón sin pedirle nada a nadie, pero, si los vamos a buscar, no será para rechazarlos tras haberlos expuesto hasta la saciedad a la curiosidad de las miradas y de las manos. ¿No le parece a usted que ese destino es cruel? Sobre todo, nunca abandonar en el camino. ¿Lo ha comprendido? Esa es la tercera regla de oro.

El silencio volvió a instalarse tan brutalmente como antes de que ella empezara a hablar. En cuanto cerraba la boca, volvía a ser una anciana, minúscula hasta el punto de que parecía que iba a desaparecer. Su cuerpo empezaba a temblar, sus miradas se iban hacia abajo y la tranquilidad absorbía la energía que poco antes se dispersaba con salpicaduras de baba.

Yo no tenía ni la más remota idea de cómo había que comportarse ante este desfase y me decía que si al menos la

muchacha me hubiera comunicado lo que pensaba, aunque solo fuera mediante un guiño, me habría sentido un poco más a gusto, pero ella permanecía quieta, siempre agazapada en el mismo rincón de la sala.

A través de las cortinas, supe que el sol empezaba a declinar. El viento sin duda se había levantado porque se podía oír el ruido de los árboles en la lejanía. El aire frío que descendía bajo mis pies le daba mayor espesura al silencio.

—Hábleme de las reglas de museología tal y como las ha asimilado.

Su dentadura estuvo a punto de despegarse en una nube de perdigones de saliva aún mayor.

—Sí.

Había comprendido yo que era inútil desplegar mi energía para intentar poner en valor mi mejor perfil; sencillamente decidí que lo mejor sería decir lo que me pasara por la cabeza.

—Sería un organismo permanente sin ánimo de lucro, que debería estar abierto al público y servir a la sociedad y a su desarrollo, además de proceder a las distintas investigaciones concernientes a las pruebas materiales del hombre y de su entorno: archivarlas, conservarlas, rendir cuentas y exponerlas con el objeto de promover la investigación, la educación y el ocio.

—Hum, no resulta muy interesante. Se limita usted a recitar de memoria los principios del Consejo Internacional de

Museos —dijo la anciana con voz gutural antes de estornudar y recolocarse la dentadura—. Escúcheme; va a olvidarse enseguida de esa definición mezquina. Cuando era joven, visité museos por todo el mundo. De todas clases, que iban desde el nacional, enorme, en el que no bastarían tres días de visitas para verlo del todo, a la choza apañada por un viejo obstinado en reunir aperos de labranza. Pero jamás ninguno me satisfizo. Solo son trasteros, no revelan huella alguna de la pasión que conduce a hacer una ofrenda a las diosas de la sabiduría. Lo que yo quiero hacer es un museo que trascienda la existencia humana. Podemos hallar la huella milagrosa de la vida incluso en un detritus de hortaliza podrido en el fondo de una basura, en lo que fundamentalmente envuelve las riquezas que hay en este mundo... ¡Bah! Sin duda resultará inútil intentar explicarlo más. Con un interlocutor que habla de «organismo permanente sin ánimo de lucro»... ¿Qué día es hoy? ¿30 de marzo? ¿No es hoy el día en que la liebre recibe la muerte? ¿En qué estaré yo pensando? Hoy toca comer un muslo de conejo. El sol ya se ha puesto, les dejo.

La anciana agarró su bastón y se levantó. Quise ayudarla, pero me lo impidió con un gesto del bastón antes de abandonar la biblioteca con paso inseguro. La muchacha la siguió. Las vi marcharse en silencio. El sofá estaba ligeramente ahuecado en el lugar donde había estado sentada.

Aquella misma noche me fue atribuida una habitación en la casita gemela, sencilla y de buen gusto, al fondo del patio trasero. Una de las dos partes de esa casa simétrica de una sola planta la habitaban el jardinero y su mujer. Eran el hombre que conducía el coche desde la estación hasta la propiedad, y su esposa, la que nos había servido el té en la biblioteca.

Cuando crucé la cerca de la entrada, el jardinero me saludó amablemente.

—¿Es usted el nuevo?

—Sí, pero seguramente no seré contratado. La entrevista no fue precisamente muy buena.

—Eso es lo que usted dice.

—Me extrañaría haberle gustado.

—Sería absurdo pensar que alguien pudiera gustarle. Bah, no se preocupe usted por eso. Mejor acuéstese temprano, así se repondrá de las fatigas del viaje.

Tenía el carácter tenaz propio de quienes han trabajado largos años utilizando su cuerpo y unos brazos bronceados por el sol que sobresalían de las mangas enrolladas de su camisa.

Una propiedad demasiado grande, una chica demasiado joven, una anciana demasiado vieja... En tales condiciones de total anarquía, el equilibrio y la ligera compasión del hombre resultaron ser todo un consuelo.

A la puesta de sol, todos los cristales se oscurecieron de repente. Por mucho que parpadeara no pude distinguir ningún punto de luz, por muy débil que fuera. La casa solariega, disimulada tras los arbustos, estaba sumergida en la noche como una enorme masa acurrucada en la sombra.

Tras haberme comido la cena que trajo la asistenta, no tenía nada que hacer. En la planta baja estaban la cocina y el salón; en la primera planta, la habitación y el cuarto de baño. Los muebles y objetos cotidianos eran funcionales y de buena calidad, y todo estaba ordenado, mucho más ordenado que en la casa solariega, y por eso decidí que procuraría desordenar lo menos posible, sobre todo porque pensaba que debería marcharme a la mañana siguiente.

Dejé mi bolso de viaje sin abrir cerca de la cama. Por temor a ensuciar el cuarto de baño, solo tomé una toalla para frotarme el cuerpo, y acabé enjuagándome la boca. En la mesilla de noche había un pijama doblado, planchado con esmero. Seguramente lo habría dejado allí la asistenta. Tras unos instantes de duda, decidí no usarlo y me deslicé dentro de la cama en ropa interior.

Me limité a sacar *El diario de Anne Frank* de mi bolso de viaje. Tenía por costumbre desde hacía muchos años leerlo antes de dormirme. No había regla fija concerniente al lugar o la cantidad de texto que leería. Lo abría al azar y leía en voz alta una o dos páginas o el equivalente a una jornada.

Ya ni me acuerdo por qué motivo lo había empezado. *El diario de Anne Frank* lo heredé de mi madre. Murió cuando yo tenía dieciocho años.

En el mundo hay mucha gente que lee la Biblia antes de dormir, aunque yo nunca he tenido ocasión de conocerla. Cada vez que me encuentro un ejemplar en el cajón de una mesilla de noche en una habitación de hotel, me pregunto si estaré cerca del estado de ánimo de esas personas. Claro está que mi madre no es Dios. Solo creo que es el mismo procedimiento que consiste en calmarse dialogando con algo invisible y lejano antes de que la conciencia abandone el cuerpo.

El libro se ha vuelto beis, tanto la tapa como por dentro. Está raído, con la tirilla del punto enredada, y en algunos lugares están seccionadas las costuras de encuadernación, hasta el extremo de que algunas páginas amenazan con soltarse. Razón por la cual hay que manipularlo con cuidado; yo lo sujeto con las dos manos cuando lo cojo y lo abro delicadamente, sin forzarlo.

En su interior aún permanece la firma de mi madre. Eso no tiene significado alguno, su nombre fue escrito apresuradamente para demostrar que le pertenecía, y sin duda no imaginaba que acabaría perteneciendo a su hijo algunos años más tarde.

La tinta ha ido perdiendo su color con el paso de los años y su nombre se fue borrando poco a poco. Me aterra pensar

que llegará un día en el que desaparecerá definitivamente. No es solo que me entristezca ver cómo se aleja el recuerdo de mi madre, me parece, además, que es una herida mucho más difícil de soportar. Es tan espantoso como pensar que este libro que lleva marcadas nuestras huellas dactilares, las mías y las de mi madre, pudiera ser cortado en pedazos o tirado al fuego.

De pronto recordé que la anciana había hablado durante la tarde de morir por segunda vez... «Una existencia desgraciada condenada a la eternidad...». Sacudí de inmediato la cabeza para expulsar esa voz.

Había abierto el libro en la página correspondiente al 17 de febrero de 1944. Anne está leyendo a la señora Van Daan y a Peter los cuentos que ha escrito. Es un momento importante en el que su amor por Peter empieza a nacer, y que me gusta... La frase: «Sobre todo no vayas a pensar que estoy enamorada, porque no es cierto», está subrayada. El trazo está medio borrado, hasta tal punto que da la impresión de que desaparecerá al menor soplo.

Por tal motivo, en vez de leer este episodio en voz alta, lo susurraba como dedicándolo a la pequeña gruta oscura que se halla en el fondo de mis orejas. Sentía que las palabras escritas por Anne impregnaban la oscuridad como el rocío de la noche. Entre tanta quietud y el aire puro, el cuarto era perfecto para una lectura en voz alta. Sentí que dormiría bien, pese a lo novedoso del lugar.

A la mañana siguiente, al despertar, hice inmediatamente mis preparativos para marcharme. Es decir, procedí a asearme bien, me puse la misma ropa que llevaba el día anterior y ya solo me faltaba volver a meter *El diario de Anne Frank* de nuevo en mi bolso.

Los rayos del sol, deslumbrantes, penetraban en la habitación mientras la bruma procedente de los bosques desaparecía poco a poco, absorbida por la luz. Sin duda, el buen tiempo iba a continuar ese día también. No me había dado cuenta el día anterior, pero la parte trasera del patio, a la que se abría la casa, seguramente debió de formar parte de una especie de criadero de caballos originalmente, dado que en el centro había un abrevadero cerca de un pozo, al otro lado del cual se alzaban unas caballerizas de piedra majestuosas. Al este de las cuadras se extendía un jardín ornamental cuyas flores multicolores se balanceaban bajo el sol matutino.

Estiré el cubrecama, recorrí la habitación con una última mirada para asegurarme de que no me olvidaba nada.

Estaba preocupado porque desconocía los horarios del tren. Y estaba convencido de que el tren expreso solo se detendría allí un par de veces al día, como mucho.

Acababa de activarme diciéndome que iba a preguntárselo a mi vecino el jardinero, que sin duda lo sabría, cuando escuché que se abría la puerta en la planta baja.

—¡Buenos días! ¡Despiértese! ¿Aún está dormido?

Era la voz de la muchacha. Adoptó un aspecto desconfiado cuando me vio llegar con mi bolso de viaje.

—¿Qué le sucede?

—Tenía intención de marcharme una vez que hubiera podido despedirme de su madre, pero dado que aún era temprano, pasaba el rato sin hacer nada.

—¿Por qué se ha preparado para marcharse?

—En vista del enfado de su madre, está claro que no superé con éxito la entrevista.

—Mi madre no está enfadada. Esa es su forma de protegerse cuando se entrevista con alguien por primera vez. ¿Recuerda que le dije que podía ponerse agresiva? Ha superado usted el examen con éxito. Usted será quien conciba el museo. Ni hablar de tener que marcharse ahora —añadió tocándose el pelo.

Quizás había cruzado el jardín corriendo, porque tenía las mejillas coloradas y sus pantorrillas, que sobresalían de la falda, estaban cubiertas de rocío. Sorprendido, sin saber a ciencia cierta si tenía que alegrarme, le di las gracias torpemente.

—Bueno, pues pongamos manos a la obra sin tardanza —añadió—. Hoy, será conveniente que eche un vistazo al

pueblo. Le haré una visita guiada. El coche nos está esperando en la entrada. ¿Está preparado para salir ahora mismo? Recuerde la primera regla de oro de mi madre. Detesta que se hagan las cosas con indolencia.